disponer de referencias sin las cuales los poemas del autor de *Elegías de Sandua,* con toda su innegable vigencia estética, quedan flotando entre la eternidad y el infinito.—GUILLERMO CARNERO *(Barcelona, 2, 3.º ALICANTE).*

«Una George Sand salteña» *

Son los años en que la sociedad hispanoamericana se encuentra en pleno proceso de formación de las nuevas nacionalidades. Es la primera mitad del siglo XIX, exactamente la década de los treinta, y la acción de este libro gira en torno de la guerra entre unitarios y federales que llega a poner en serio peligro la aún tierna República Argentina.

Facundo Quiroga, un caudillo montonero, ha vencido en el norte del país a los jefes unitarios de Salta. La consecuencia no se hace esperar y es que, de manera inmediata, los cabecillas unitarios y sus familias, han de pasar por la dura prueba del destierro. El éxodo de este colectivo formado por dos mil personas, varones y mujeres de las más variadas edades, es el meollo de la historia novelada que Martha Mercader nos cuenta.

En la larga y dura marcha hacia Bolivia, destaca la figura de Juana Manuela, una rubia adolescente de ojos claros, que con el correr del tiempo, va a demostrar ser una brava mujer. La autora del presente trabajo utiliza como punto de partida los textos originales del diario que Juanamanuela fue escribiendo en el transcurso de su destierro, y los amplía y enriquece con comentarios personales y aportaciones de datos históricos y situación política y social de aquellos momentos. El árbol genealógico de la protagonista cuenta mucho para el contenido de la obra de Martha Mercader. «Un árbol añoso —comenta—». Un tal don Juan Martínez de Peruchorena se casó en 1557 con doña Margarita de Gorriti y algunos de sus descendientes llevan el apellido «Martínez Peruchorena de Gorriti» y otros «Peruchorena de Gorriti». Los que fueron al Río de la Plata comienzan a llamarse «de Gorriti» hasta la Revolución de 1810, en que se suprime el «de».

El apellido de Juanamanuela es Gorriti, familia que pesa mucho en la historia más reciente de su patria. El canónigo Gorriti, tío suyo, fue uno de los teóricos de la independencia. Otro de sus tíos, que en la guerra de 1831 es federal, había sido anteriormente conocido guerrillero en la guerra contra los realistas. Finalmente, su padre, que forma parte del grupo que viaja hacia el exilio, es general unitario.

---

* MARTHA MERCADER: *Juana Manuela, mucha mujer.* Ed. Planeta, Barcelona 1983.

La hora del adiós

La derrota ya es evidente. Juanamanuela lo describe así en uno de sus manuscritos: ...«Indignado, soberbio en su espléndido uniforme ahora sucio y sudado, sus escasos cabellos caídos como dos alas deflecadas sobre las sienes, los bigotes más erizados que nunca, haciendo grandes ademanes para todos, no sólo para los que lo rodeábamos sino también para los que ya habían montado, Manuel Puch explicó:

—¡Una parodia! ¡Una parodia de tratado de paz! ¡Eso es lo que Alvarado le ha firmado a Quiroga! ¡Nos permiten emigrar! ¡Nos perdonan la vida! ¡Pero nos confiscarán todos los bienes!».

Efectivamente, el anuncio del exilio no se hizo esperar. «Con la tristeza del adiós —comenta en otro de sus ilustrativos textos—, hice lo que los collas con el acullico de coca, que se esconde, apretado, a un costado de la boca. Ya tendría tiempo de sentir su amargo sabor. No queriendo que me confundieran con las lloronas de la familia, me dejé penetrar por el aire de la madrugada con incierta esperanza, viva, entera, dispuesta a enfrentarme con lo desconocido, a probarme, por fin desafiando toda clase de obstáculos; a empezar a vivir de veras. ¿Hacia dónde nos dirigíamos? ¿Hacia el Paytití, país de ilusiones, de riquezas de fábula, como solían contar los arrieros que pasaban de Buenos Aires a Lima, ida y vuelta, dos veces por año? No íbamos hacia el Paytití, sino a buscar asilo, como emigrados, en el Alto Perú».

La partida al destierro significa también el adiós a todo privilegio, a la riqueza y a la vida fácil. Inucha, la esclava de Juanamanuela, dice al hablar de la nueva situación: «¿Qué quiere que le cuente? Que nos echaron de Miraflores, donde éramos tantos y había de todo, que carne de oveja, que chanchos, que chivitos, que gallinas, que aloja, que sandías, que higos, que alfeñiques y patay y chancaca para tirar para el techo, y el tiempo sobraba para sestear hasta las mil y una, éramos como doce o quince para servir, sin contar a los peones, una para barrer, otra para lavar, otra para guisar, otra para planchar, otra para cebar mate, otra para abotonarle el corsé a misia Feliciana, otra para sacarle las botas a los niños, otra para espantar moscas...»

Mientras tanto, «Roque Alma-negra comenzaba a ser el terror de Buenos Aires. Verdugo por excelencia entre una asociación de verdugos llamada Maz-horca y consagrado en cuerpo y alma al tremendo fundador de aquella terrible hermandad, contaba las horas por el número de sus crímenes y su brazo, perpetuamente armado de puñal, jamás se bajaba sino para herir. Su huella era un reguero de sangre y había huido de él hacía tanto tiempo la piedad, que su corazón no conservaba de ésta ningún recuerdo y los gemidos del huérfano, de la esposa y de la madre lo encontraban tan insensible como la fría hoja de acero que hundía en el pecho de sus víctimas».

Este texto forma parte de uno de los numerosos folletines que Juanamanuela, imaginativa escritora de vocación, escribe desde su nuevo destino de exiliada, con el fin de ganarse la vida.

Rica en aventuras

Si Juanamanuela trabaja el género folletinesco es porque resulta el más vendible

para solucionar su situación económica, pero su esfuerzo e ilusión lo tiene centrado en la elaboración de un monumental libro de cocina que recoja recetas originales de los más variopintos rincones americanos y que titulará «La cocina eléctrica», y cuyo prólogo comienza: «El hogar es el santuario doméstico; su ara es el fogón; su sacerdotisa y guardiana natural, la mujer».

Ni que decir tiene, que tan reaccionaria entrada prosigue como finalidad la venta masiva del libro a las mujeres de su tiempo, ya que cualquier parecido del contenido de estas palabras con la realidad vivida por Juanamanuela, no pasaría de ser una mera coincidencia, pues si algo caracterizó su existencia fue, sin lugar a dudas, la riqueza de aventuras.

Martha Mercader cuenta la reacción que Juanamanuela tuvo cuando un influyente amigo suyo, en el transcurso de un viaje a la Madre Patria, aprovechó para hablar a doña Emilia Pardo Bazán del libro que una inteligente argentina estaba preparando: «Cuando la Condesa de Pardo Bazán —comenta— me oyó hablar de su proyecto de escribir un libro de cocina con recetas de toda América, se entusiasmó al punto de ponerse de inmediato a escribir un repertorio similar con recetas peninsulares».

La interesada, en ataque de desesperación exclama: «¡Pero qué me ha hecho! ¡Servirle en bandeja mi idea a esa mujer! ¿Quién va a comprar mi libro, si le ofrecen uno similar venido de ultramar? En esta ciudad, donde medio mundo es analfabeto, donde hasta hay muchos diputados que no saben leer de corrido».

Pero Juanamanuela reacciona, y Martha Mercader escribe: «Recostada en almohadas y almohadones sobre una hermosa cama de jacarandá, la luz de la palmatoria hamacando las sombras del cuarto, los lentes en la punta de la nariz, Juanamanuela baraja cartas recibidas durante varios años desde Montevideo, Valparaíso, Arequipa, Bogotá, Quito, Salta, Tucumán, Buenos Aires, La Paz... Hace tres años que cubre con una red de pedidos toda la América hispana. Habrá que ordenar, corregir, pasar en limpio, prologar, etc., todas esas recetas de cocina. Merde! Aunque tenga que romperse el alma, no se dejará birlar el público lector». A través de la fuerte y rica personalidad de Juanamanuela Gorriti y el mundo que la rodea, Martha Mercader nos va mostrando la realidad de las sociedades hispanoamericanas del siglo pasado, y en especial, la vida argentina. La autora recorrió de cabo a rabo los escenarios del Altiplano y buscó en los archivos todo lo que pudiera existir en torno a su personaje. Con imaginación que en nada merma el riguroso trabajo de investigación, va surgiendo Juanamanuela en todas sus facetas: escritora, intelectual, enamorada, esposa, madre de hijos legítimos e ilegítimos, divorciada, maestra, viajera y aventurera.

La George Sand salteña

«Una George Sand salteña —llegó a afirmar la crítica al hablar de Juanamanuela— con menos talento pero con más virtud que la gran francesa». En cierta ocasión que es calificada de advenediza, responde: «¿Advenediza yo? ¡No seré doctora, porque en esta América las aulas no se abren para una mujer, pero bien que he leído todo cuanto circula por aquí, y si no he leído más es porque no hay más libros, en estos páramos donde por un colegio que se abre se dan cien combates! ¡Sepan que yo abrí una escuela

en 1848, y la mantuve treinta años, cuando todos los hombres a mi alrededor no pensaban más que en cargas de caballería y cuartelazos! Advenediza yo. ¡Ja! Si me da risa.»

Impetuosa, inteligente, llena de vitalidad e imaginación, es consciente de las limitaciones que la sociedad impone a las mujeres: «... Y las leyes no permiten a una mujer casada el libre tránsito (como tampoco comprar, vender, ejercer su industria, etc.)».

Pero en los temas de amor, decide Juanamanuela hacer de su capa un sayo, y así lo expresa: «Los mandamientos prescriban no desear la mujer del prójimo, pero no han prescrito no desear el hombre de la prójima. En este caso, no procede la interpretación analógica, argumentaba una serpiente leguleya contagiada por años de sofística olañetuna. Por tanto, desear un hombre ajeno no es pecado».

«¿Es pecado —se pregunta también— a los treinta años seguir buscando esa plantita que algunos cultivan en invernaderos, a otros les florece de pronto en mitad de un páramo? ¿Es pecado amar el amor?».

La realidad de esta «mucha mujer» no queda reducida al ámbito de lo afectivo e individual. El mundo en el que está y es, le preocupa profundamente: «Hispanoamérica —comenta— está dividida por fronteras de silencio y fosos de ignorancia y cordilleras de desprecios recíprocos».

Casimiro Olañeta, un contemporáneo suyo, la definió así: «La señora es una amalgama feliz: las virtudes de Juana de Arco, de Juana Azurduy, y de sor Juana Inés de la Cruz».

Su interlocutor, el presidente Ballivián puntualizó: «Muchas Juanas y pocas Manuelas». Lo que se interpretó como alusión a la más famosa de las Manuelas de la era republicana, Manuela Sáenz, la amante de Bolivar.—ISABEL DE ARMAS *(Juan Bravo, 32. MADRID-6).*

La novela lírica española: tres notas críticas

I

Siempre ha atraído mi curiosidad la presumible importancia que tiene para nuestra novela contemporánea ese período que media entre el comienzo del siglo y los años —decisivos también para la literatura— de la dictadura y la república. Casi un cuarto de siglo en que la novela europea verá alumbrar sus más arriesgados caminos y sus más profundas renovaciones; casi un cuarto de siglo que en España, paralelamente, suponen un interregno de notable importancia —sin duda—, pero cuyos caracteres no han sido nunca definidos y explicados con la suficiente claridad. Epoca ésta, y autores, a los que siempre se ha acudido para certificar —con sospechosa urgencia—